

¿Un fallo de Cervantes?

NO se tome por desacato, en estas calendas conmemorativas, señalar quiebra en la obra ingente de Miguel de Cervantes, y menos se dispute la irreverencia más desaforada al considerar, con justicia seca, la poca autoridad crítica del firmante, en quien todo es rotura y avería. Ya se verá que escribo de hinojos ante la figura del Príncipe de la prosa castellana; que mi intención se consirne, por un lado, a señalar una curiosa observación y, por el otro que es el más ancho en mi propósito, a deducir consecuencias que avaloran, si cabe, las calidades humanas y la alcurmia espiritual de toda la obra cervantina.

Cervantes elude siempre la descripción minuciosa del paisaje. Sus novelas ejemplares, su novela cumbre que con este calificativo queda nombrada, su novela archinovelesca de puro irreal —el «Persiles»— no dan idea alguna de lo que hoy, con léxico de teatro o de cine, llamaríamos los escenarios en que se mueven sus personajes. Juzga el autor y califica prodigiosamente el prado, el río, el mar, el aposento, el patio, la ciudad o la aldea; pero nunca se entrefiene en describirnos, dándonos quizás por censados o desdiciéndolos por ocioso conocimiento.

¿Qué sabríamos de Toledo por «La fuerza de la sangre» y «La ilustre fregona»; qué de Sevilla por «Rincónete y Cortadillo» o «El celoso extremeño», qué de la misma Mancha, de Sierra Morena, de Aragón y de Cataluña por el «Don Quijote», qué de Italia y de Argel por los cuentos interpolados en la historia del Ingenioso Hidalgo? Nada sino la impresión de belleza, amenidad o hechizo que en el ánimo del escritor causara la Naturaleza o el artificio de los alarifes. Porque es de notar la constante actitud benévola del autor, que subraya cuanto de agradable le ofrecen el campo, la urbe o el océano y guarda en bondadoso silencio cuanto pudieran ofrecerle de ingrato.

Este supuesto fallo no le es imputable exclusivamente al insigne manco. El paisaje, como tema literario, es un descubrimiento del Romanticismo y la única de sus invenciones que ha sobrevivido a la gran revolución literaria de los románticos. Cervantes, de formación clásica y nacido para ser clásico desde el mismo instante de su alumbramiento, no podía mostrarse desleal a los cánones ni sentirse natural-



Miguel de Cervantes
La Alfranca

Supuesto dibujo de Cervantes, por don A. Perea, y reproducción de la firma del escritor (R. Muñoz).